

# FERNANDO EL CATÓLICO EN EL IMAGINARIO DEL ARAGÓN FRANQUISTA

GUSTAVO ALARES LÓPEZ<sup>1</sup> | UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

«A éste lo debemos todo»  
Baltasar Gracián<sup>2</sup>

La imponente escultura de Fernando el Católico que sale del taller de Juan de Ávalos preside desde 1969 la plaza San Francisco de Zaragoza, materializó los valores del mito falangista de Fernando el Católico. Magnificado sobre un enorme pedestal pétreo, el imponente monumento representa a un monarca hierático y viril, poseedor –como buen caudillo político– de esa mirada serena y escrutadora capaz de prever el devenir de los acontecimientos, descansando con gesto rotundo su fisonomía juvenil sobre una gran espada-cruz, en simbólica referencia a su doble carácter de guerrero y defensor de la fe. Sin embargo, su tardía inauguración en 1969, con ocasión del centenario del matrimonio de los Reyes Católicos constituyó, paradójicamente, la expresión del fracaso de la elite franquista en la socialización de la figura de Fernando el Católico como elemento identitario del Aragón franquista.

El reinado de los Reyes Católicos y la «España Imperial», masivamente aludido por una publicística militante que saturó la historiografía de posguerra, constituyó uno de los elementos principales en las políticas del pasado articuladas por el régimen franquista. Pero, junto a la profusión de una abundante historiografía referida a la «España Imperial», muchas veces teñida de interpretacio-

---

<sup>1</sup> El autor es integrante, bajo la dirección del catedrático Carlos Forcadell Álvarez, del proyecto de investigación 250-59, UPH-ARAGON, Ref. H-23, financiado por la Diputación General de Aragón y del proyecto de investigación HUM 2065-04651/HIST, «Espacio público y culturas políticas en la España contemporánea», de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia.

<sup>2</sup> Comentaba Baltasar Gracián, uno de los grandes exegetas de Fernando el Católico, cómo Felipe II mientras se deleitaba contemplando la galería de retratos reales, se detenía ante el de Fernando el Católico, y con cierta reverencia comentaba: «A éste lo debemos todo». La cita en Gracián, B., *El político Don Fernando el Católico*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1953, p. 3.

nes castellanistas, desde Aragón se desarrolló una publicística orientada a reivindicar la figura del rey Fernando el Católico frente a los argumentos pro isabelinos. Ya en 1939, el prolífico erudito Ricardo del Arco publicó su *Fernando el Católico, artífice de la España Imperial*, en donde, apoyándose en el ideario de Acción Española (Ramiro de Maeztu, Víctor Pradera, José Permartín...), efectuaba una defensa del monarca como visionario constructor de la unidad nacional.<sup>3</sup> Las elaboraciones en torno al monarca resultaron abrumadoras: desde publicistas y eruditos como el propio Ricardo del Arco o Emilio Alfaro, hasta la recuperación de la historiografía conservadora de preguerra, como el *Fernando el Católico* de Andrés Giménez Soler oportunamente reeditado en 1941<sup>4</sup>, la interpretación mítica del monarca fue desgranándose a través de innumerables conferencias, artículos de prensa y monografías.

El mito franquista de Fernando el Católico tejido desde Aragón tuvo la peculiaridad de personificar en el monarca la aportación aragonesa a la forja de la nación. Aragón no sólo había ofrecido su rey, sino que junto a éste había ofrecido –en palabras de Emilio Alfaro– su «recia nacionalidad» en aras al ideal supremo que constituía España.<sup>5</sup> Tras estos argumentos latía un cierto sentimiento de victimismo producto de la falta de reconocimiento de la aportación aragonesa a la unidad de España. Como años después sostuviera –no sin cierta amargura– el catedrático Fernando Solano, el reinado de Fernando el Católico había supuesto el «principio del definitivo ocaso del reino de Aragón».<sup>6</sup> Por ello, la reivindicación de la aportación aragonesa a la forja de España, frente al predominio de las interpretaciones castellanistas, se transmutaba en la reivindicación de Aragón como elemento constitutivo de la Nueva España de 1939 en equidad con Castilla, y convertía a Fernando el Católico en depositario de los valores identitarios del Aragón franquista.

<sup>3</sup> Arco Garay, R. del, *Fernando el Católico, artífice de la España Imperial*, Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1939.

<sup>4</sup> Giménez Soler, A., *Fernando el Católico*, Ed. Labor, Barcelona, 1941. Antes de su muerte en 1938 el autor aún tuvo ocasión de declarar su apoyo al régimen en Giménez, A., «Sobre política hispanomarroquí», *Universidad*, nº 3, 1938, pp. 87-98, artículo póstumo en el que expresaba un deseo como veremos común en otros autores: «Confiemos, pues, en la Providencia, que por medio del General Franco, tan grato a los españoles de aquende como a los de allende, hará que España alcance su unidad espiritual y conserve la territorial; que sea libre, es decir, se gobierne por su tradición y por sus costumbres y que se restaure aquel Imperio mediterráneo que Fernando el Católico legó a sus herederos y que éstos no han sabido conservar. ¡Arriba España!», Giménez Soler, A., *op. cit.*, p. 98.

<sup>5</sup> Alfaro Lapuerta, E., *Don Fernando el Católico, Rey de Aragón, fundador de España, discurso de ingreso en la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis y discurso de contestación de José Albareda Piazuelo*, Talleres Editoriales «El Noticiero», Zaragoza, 1944, p. 27-28.

<sup>6</sup> Solano Costa, F., «Lectio brevis sobre Fernando el Católico (lección inaugural del curso académico 1979-1980 de la Universidad de Zaragoza "Fernando el Católico y el ocaso del Reino aragonés")», *Estudios del Departamento de Historia Moderna*, Universidad de Zaragoza, 1979, p. 114.

En el contexto de la larga posguerra, fue la Institución «Fernando el Católico» la que protagonizó los intentos más ambiciosos y articulados en torno a la construcción y socialización del mito franquista del monarca. La entidad había sido fundada en 1943, y tempranamente se consolidó como una de las instituciones culturales más poderosas de la región. Integrada en el entramado del CSIC, dirigida por la elite cultural falangista zaragozana, esos *jóvenes profesores nacional-sindicalistas* a los que aludiera Miguel Ángel Ruiz Carnicer, que compartían la docencia universitaria con una activa presencia en la vida política local (los Solano, Canellas, Corona, Serrano, Frutos, Nasarre, Zubiri),<sup>7</sup> con un envidiable potencial editorial, una tupida red de clientelas académicas y políticas, y una financiación regular y generosa, la Institución se situó como una de las entidades culturales de referencia en la región aragonesa.<sup>8</sup>

En relación al proceso de construcción del *discurso fernandino*, la Institución generó una abundante publicística de corte militante, participó en la génesis de diversos rituales conmemorativos, impulsó la creación de nuevos «lugares de memoria», orientó la producción historiográfica mediante su política de becas y premios y, erigida en vigilante de la memoria del rey, ejerció la censura sobre todas aquellas interpretaciones que alejaran a Fernando el Católico de los modelos heroicos establecidos. Analizar algunos de estos aspectos es el objeto del siguiente artículo.

#### CARLOS CORONA BARATECH Y EL MITO FALANGISTA DE FERNANDO EL CATÓLICO

Quizá una de las publicaciones que mejor expresó el mito falangista de Fernando el Católico fue *El Rey de España Don Fernando el Católico*, pequeña monografía que iba a marcar el período álgido de la militancia política del cate-drático Carlos Corona Baratech en las filas del falangismo.<sup>9</sup> La obra vio la luz a

<sup>7</sup> En Ruiz Carnicer, M. A., *Los estudiantes de Zaragoza en la posguerra*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1989, especialmente en las páginas 35-39.

<sup>8</sup> Sobre la Institución «Fernando el Católico» y las elites zaragozanas durante el franquismo, Alares López, G., *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución «Fernando el Católico». Una aproximación a las elites políticas y culturales de la Zaragoza franquista (1943-1984)*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2008.

<sup>9</sup> Carlos Corona Baratech (1917-1987). Licenciado en Filosofía y Letras, sección Historia, por la Universidad de Zaragoza en 1942. En 1945 se doctoró por la Universidad Central con la tesis «Don José Nicolás de Azara, Agente General y Ministro de España en Roma (1765-1798)». Discípulo de José María Lacarra en Zaragoza, y posteriormente de Vicente Rodríguez Casado en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla (1950-1953), se vio notablemente influido por las concepciones historiográficas de Santiago Montero. Obtuvo la cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza en 1953. Su carrera se centró en el estudio del siglo XVIII español, especialmente el reinado de Carlos IV. Consejero de la Institución «Fernando el Católico» desde julio de 1946, se encontró muy vinculado a los círculos intelectuales falangistas a través de la Delegación de Distrito de Educación

principios de 1950 en el contexto de una virulenta campaña que a nivel nacional sostuvo la Institución «Fernando el Católico» contra la película británica *Christopher Columbus*. Al margen de la notoria ramplonería del guión de David Mac Donald, centrado en el protagonismo de un idealizado Cristóbal Colón, el aspecto que soliviantó los ánimos de los responsables de la Institución fue la tendenciosa caracterización del monarca. Frente a un Cristóbal Colón, idealista y viril, David Mac Donald presentó a un rey Fernando ausente de los principales debates políticos y moralmente inasumible. Un rey huraño, mezquino y corto de miras, habitual de las intrigas palaciegas, y cuya vileza moral alcanzaba en el film vergonzante culminación al ser sorprendido por Colón abusando de una doncella de la corte. Semejante representación simbólica constituyó un ataque directo a la figura mítica del monarca, y puso en alerta a la comunidad fernandina que tan hondas raíces había establecido en la capital zaragozana.

Una de las primeras actuaciones en respuesta a lo que se consideró una «ofensa de honor», fue la edición de *El Rey de España Don Fernando el Católico*. Pese a la contención verbal que exigía la naturaleza de la obra (no hay que olvidar que se destinó a la difusión internacional, especialmente en Latinoamérica), *El Rey de España Don Fernando el Católico* condensó las interpretaciones tejidas por el nacionalismo fascista en torno a la figura del monarca, tomando distancia de las concepciones nacional-católicas que, deudoras de los argumentos procedentes de Acción Española, utilizara Ricardo del Arco una década atrás.

La nación española conceptuada por Corona Baratech, y siguiendo los planteamientos del nacionalismo fascista, se fundamentaba en un voluntarismo proyectivo inevitablemente vinculado a gloriosas empresas exteriores.<sup>10</sup> De esta manera, en *El Rey de España Don Fernando el Católico*, la nacionalidad española aparece articulada –gracias a la mano firme del monarca–, en torno a la existencia de un ideal político-espiritual superior («la gran idea patrocinada por los monarcas», «la empresa secular abandonada»), verificándose tras su consecución, «la fusión espiritual, la fusión de todos los regionalismos puestos al servicio de la gran idea patrocinada por los monarcas (...)».<sup>11</sup> Una *gran idea* sintetizada en la lucha contra el infiel y la reconquista, y que tendría posterior desarrollo (natural) en la colonización americana y las gestas

---

Nacional de Zaragoza, de la que llegó a ser jefe del Departamento de Cultura (1947). Igualmente fue profesor de Formación Política en la Universidad de Zaragoza hasta 1973. Al respecto, puede consultarse, Peiró Martín, I., Pasamar Alzuria, G., *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Akal, Madrid, 2002, pp. 202-203; Longares, J., «Carlos E. Corona Baratech en la Universidad y en la historiografía de su tiempo», en Corona, C., *José Nicolás de Azara* (ed. facsimilar y estudio introductorio), Universidad de Zaragoza, 1987; y Alares López, G., *op. cit.*, pp. 174-178.

<sup>10</sup> Al respecto, Saz Campos, I., *España contra España*, Ed. Marcial Pons, Madrid, 2003.

<sup>11</sup> Corona Baratech, C., *op. cit.*, p. 13.

imperiales.<sup>12</sup> Fernando el Católico aparecía así como un auténtico caudillo fascista que había vislumbrado los gloriosos caminos de la nación, invirtiendo tras su consecución todo su talento político.

Similares argumentos fueron retomados con menores ambages por Carlos Corona en su biografía de Hernán Cortés, publicada por la Editora Nacional en 1953. Inserta en la más ortodoxa tradición reivindicativa del «Imperio español», e insuflado del voluntarismo metafísico fascista, Carlos Corona hacía otra vez depositario a Fernando el Católico de la edificación de la nación española. Una nación articulada en torno a una idea proyectiva, a una «unidad de destino»:

Solamente unidos bajo una mano robusta, la vitalidad española ha podido encauzarse para seguir derroteros trascendentes.<sup>13</sup>

Esta fórmula no era sino la evolución natural de esa «comunidad de propósitos, de anhelos, de grande utilidades» que entendiera Ortega Gasset como constitutiva de la nación, y que el fascismo había transmutado en la algo más críptica y manida «unidad de destino en lo Universal».<sup>14</sup> Era ésta la interpretación falangista del reinado de los Reyes Católicos, en la que la forja de la nación española era contemplada no como resultado de la fusión de las diferentes regiones bajo el impulso unificador de Castilla, sino como la culminación de una aspiración espiritual proyectiva y trascendente: una «unidad de destino».

Conseguida la unidad nacional, restaba eliminar los enemigos interiores, purificar el cuerpo de la nación para que libre de lastres pudiera afrontar en el siglo siguiente a la trascendente misión encomendada. Como explicara Corona Baratech:

La expulsión de los judíos y de los moros fue una necesidad exigida por el pueblo; necesidad vivamente reclamada con voz unánime, que dio la unidad espiritual a la nación, librándola de las trágicas luchas religiosas, capacitándola para la acción en el mundo y libertándola de un verdadero peligro interior, no sólo por la conservación de una robusta fe católica, sino también para la paz pública, puesta en trance de contienda por la coexistencia de grupos religiosos –judíos y musulmanes– no asimilables y no fundidos con la comunidad española para las grandes empresas nacionales.<sup>15</sup>

El propio Fernando el Católico, como hábil político y caudillo invicto, había anticipado las líneas de la política exterior española con su intención «de con-

<sup>12</sup> «Con la conquista del reino moro de Granada se logró la unidad nacional, y para ella se unieron todos los españoles prosiguiendo la empresa secular abandonada: la lucha contra el infiel y la reconquista de las tierras patrias perdidas por el rey godo D. Rodrigo». *Ibidem*, p. 13.

<sup>13</sup> Corona Baratech, C., *Hernán Cortés*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1953. La cita la tomo de la página trece de la segunda edición de dicha obra, editada por Publicaciones Españolas, en 1973.

<sup>14</sup> Citado en Saz Campos, I., *op. cit.*, p. 91.

<sup>15</sup> Corona Baratech, C., *op. cit.*, p. 15-16.

quistar todo el Norte de África y crear Estados mudéjares con fuerte emigración de cristianos peninsulares, que quedarían sometidos a España». A este respecto, la analogía con los anhelos imperialistas centrados en el Protectorado marroquí resultaban más que evidentes:

El problema español apuntaba al continente africano; y él lo vio con la misma intensidad y dándole la misma importancia con que nosotros lo vemos actualmente.<sup>16</sup>

A su vez, el reinado del monarca se había desarrollado bajo «un estilo que no se interrumpió un solo momento»,<sup>17</sup> actuando los Reyes Católicos como «primeros servidores» del Estado, aludiendo así, y obviando los anacronismos, a una concepción totalitaria del estado medieval.<sup>18</sup> La figura de Fernando el Católico sintetizaba de esta manera la aportación aragonesa a la forja de España, contribución minimizada por las interpretaciones castellanistas y proisabelinas, y que pronto se vería igualmente amenazada por la historiografía de tintes catalanistas, como la *Historia de España* que publicara Ferrán Soldevila.

#### LA RITUALIZACIÓN DEL MITO: EL DÍA DE FERNANDO EL CATÓLICO Y LOS NUEVOS «LUGARES DE MEMORIA»

Pero la Institución «Fernando el Católico» no se limitó a efectuar la construcción de una imagen idílica del monarca a través de palabra escrita. Herederos de la cultura política del fascismo, los gestores de la Institución elaboraron todo un ceremonial tendente a socializar el mito del rey. De esta manera, en 1946 la Institución instauró el Día de Fernando el Católico. Se generó un sencillo ritual que cada 10 de marzo venía a conmemorar el natalicio del monarca, seleccionando a su vez aquellas localidades y sucesos históricos que resultaran propicios para la exaltación del monarca. El propio Ángel Canellas, a la postre jefe de la sección de Historia de la Institución, señalaba en 1947 de manera previsoramente a Fernando Solano la conveniencia de «no saltarse nada de interés para tener asuntos por varios años».<sup>19</sup> De esta manera, la celebración del Día de Fernando se

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 30.

<sup>19</sup> Entrecuillado extraído de Carta de Ángel Canellas fechada en Zaragoza el 10 de septiembre de 1947. DIFC, Caja 148, carpeta 1, exp. 3. Ángel Canellas (1913-1991). Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza (1936). En 1939 fue nombrado profesor auxiliar temporal en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza. En 1944 obtuvo la cátedra de Paleografía en la Universidad de Santiago, siendo elegido decano (1945). Al año siguiente regresó a la Universidad de Zaragoza para regentar la cátedra de Paleografía. Secretario General de la Universidad de Zaragoza (1947-1954), Decano de la Facultad de Filosofía y Letras en sustitución de José María Lacarra (1967), y dos veces Vicerrector (1968-1971, 1974-1977), compaginó su carrera académica con una ascendente tra-

convirtió en un recorrido por los lugares míticos en la biografía del monarca: Sos del Rey Católico como cuna del rey en 1946, la catedral zaragozana de La Seo como lugar de su bautizo en 1947, Cortes de Navarra en 1949, la barcelonesa villa de Calaf en 1950 en conmemoración de la batalla de «Los Prados», Valladolid en 1954, Cervera en 1956... o Peñíscola en 1958. El ceremonial, pese a su sencillez, resultaba tremendamente expresivo: los miembros de la Institución, junto a otras autoridades políticas, se trasladaban en comitiva hasta la localidad elegida, para, tras la misa solemne y los consabidos discursos, colocar una lápida en un lugar preferente de la localidad que de manera perenne recordara a lugareños y visitantes la trascendente significación del monarca. El ritual expresaba la intención de popularizar el mito de Fernando el Católico como arquetipo aragonés, y de hacer partícipes a los habitantes de villas y lugares del metarrelato histórico que estaban construyendo los responsables de la Institución. Se explicitaba así la ligazón entre la localidad receptora del homenaje y el monarca, y por extensión, del municipio y sus anónimos habitantes con un pasado glorioso supuestamente común en el que se había forjado la nación española. La exaltación del monarca se convirtió así en un instrumento propagandístico y de contenido pedagógico orientado a hacer partícipes a los espectadores de una memoria heroica que, en busca de solidaridades políticas en torno a la Nueva España, debía proyectarse hacia un presente igualmente imperial.

En ese esfuerzo de socialización de nuevos símbolos, los gestores culturales de la provincia mostraron especial atención en la génesis de los nuevos lugares simbólicos del Aragón franquista. Los responsables de la Institución se lanzaron a promocionar la construcción de un monumento a Fernando el Católico, la recuperación de la Aljafería como antigua sede de los Reyes Católicos, la restauración en Sos del Rey Católico del Palacio de Sada donde nació el monarca, y a extender el nombre del rey en el callejero de la capital. Igualmente, desde la Diputación Provincial, presidida por Fernando Solano, se instó a las localidades de la provincia a incluir en su nomenclátor la figura de Fernando el Católico y a dar su nombre a centros escolares e institutos.

En esta intervención en el espacio público, los proyectos para la rehabilitación del Palacio de Sada y La Aljafería fueron los más ambiciosos. El Palacio de Sada en Sos del Rey Católico y La Aljafería en Zaragoza, se convirtieron en los nuevos «lugares de memoria» del Aragón franquista. Si el monasterio románico de San Juan de la Peña era reclamado como *la Covadonga de Aragón*, la villa de Sos del Rey Católico, además de lugar de nacimiento del monarca, era qui-

---

yectoria política en el Consistorio Zaragozano, primero como concejal (1946) y luego como teniente alcalde (1949-1954). Consejero fundador de la Institución «Fernando el Católico» (1943) y jefe de su sección de Historia (1946-1985). Fue director de la IFC entre 1977 y 1984. Su ficha bio-bibliográfica en Alares López, G., *op. cit.*, pp. 153-160.

zás el lugar que mejor representaba el ambiente en el que se había fraguado la supuesta *raza aragonesa*. Sus calles empinadas, los viejos caserones nobiliarios, la preeminencia de la piedra sobre el ladrillo del valle..., eran elementos que se prestaban a su identificación con el supuesto esplendor medieval, ahora en decadencia, pero presto a resurgir bajo el impulso del Nuevo Estado. La reconstrucción del Palacio de Sada, declarado Monumento Nacional el 28 de febrero de 1925, fue tempranamente iniciada por la Diputación Provincial de Zaragoza en 1939.<sup>20</sup> Sin embargo, el empuje definitivo no llegó hasta la década de los cincuenta, con la definitiva implicación de la Diputación de Zaragoza, insistentemente espoleada por la Institución «Fernando el Católico».

Si el Palacio de Sada era el origen, el lugar en el que se gestó el pretérito héroe nacional en el que pretendían convertir a Fernando el Católico, el castillo-palacio de la Aljafería simbolizaba la madurez del poder real y su magnificencia, ricamente expresada en los artesonados del Salón del Trono. Ambos enclaves centraron la atención de las autoridades franquistas, aunque ninguna de las dos construcciones pudieron estar listas para la gran conmemoración del año de 1952, V Centenario del Nacimiento de los Reyes Católicos.

Como se ha adelantado al principio, otro de los grandes proyectos que contemplaron las elites franquistas fue la construcción de un monumento a Fernando el Católico. Era esta la culminación escultórica del mito, reivindicada desde el mismo final de la guerra civil. En enero de 1940, Carlos Riba publicaba en la revista *El Pilar* un exaltado artículo sobre la figura de Fernando el Católico, en el que, en tonos dramáticos, ponía de relieve la necesidad de elevar un monumento al «principal artífice de la España Imperial»,<sup>21</sup> y seis años después con ocasión de su recepción como académico de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, el veterano catedrático volvía a clamar por la erección de un monumento al rey:

Si el principal artífice de la España Imperial no merece en Zaragoza un Monumento ¿quién lo merecerá?<sup>22</sup>

<sup>20</sup> En 1939 la Diputación Provincial de Zaragoza consignó 50.000 pesetas para la reconstrucción del Palacio de Sada en Sos. Así se recoge en Cenarro Lagunas, A., *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1997, p. 263.

<sup>21</sup> «Hay que decir bien alto que Aragón está en trance de lesa ingratitud con el Rey Católico mientras en la nueva Zaragoza que se proyecta no sea erigido a su memoria un monumento parejo, si no superior, en suntuosidad al que los castellanos tienen levantado en la capital de España a la digna compañera de D. Fernando, y los catalanes en Barcelona al glorioso navegante que, bajo la protección de los dos regios consortes, rompió el velo que ocultaba al mundo un nuevo Continente». Extraído de Riba García, C., *Jerónimo Zurita. Primer cronista de Aragón, discurso de ingreso leído por el electo académico de número Ilmo. Sr. Dr. D. Carlos Riba García en su solemne recepción pública celebrada el 7 de abril de 1946 y contestación al mismo por el académico numerario Excmo. Sr. Dr. D. Miguel Sancho Izquierdo*, El Noticiero, Zaragoza, 1946, p. 52.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 52.



Atendiendo a estas demandas, el Consejo de la Institución «Fernando el Católico» impulsó en 1945 la creación de un Patronato encargado de recabar los fondos necesarios para «erigir un monumento en Zaragoza como recuerdo que perpetuase la memoria del rey aragonés forjador de la unidad hispánica».<sup>23</sup> La Comisión Ejecutiva del Monumento a Fernando el Católico, con el asesoramiento técnico del arquitecto falangista Alejandro Allanegui y el histórico de Ángel Canellas, estableció las bases del concurso para el anteproyecto de un monumento que iba a situarse en la plaza San Francisco, frente a la Ciudad Universitaria, y en una zona de nuevo ensanche urbano especialmente dúctil para el desarrollo del programa simbólico elaborado en torno a la figura del monarca. El proyecto ganador, obra de los hermanos Romero Aguirre y el escultor Francisco Bretón, adoptó la forma de arco del triunfo coronado por una escultura alusiva al monarca. El diseño, basado en el arco triunfal y con una clara aspiración procesional, inducía a la acción comunitaria y a la organización de la «fiesta nacionalista», favoreciendo la indispensable comunión catártica de las masas con el monumento. Sin embargo, y pese a que el presidente de la Diputación Provincial, Fernando Solano, prosiguió efectuando algunas gestiones secundarias, el proyecto quedó paralizado.<sup>24</sup> Se constataban nuevamente unas dificultades económicas entendidas como insuperables y la falta de consenso entre los organizadores, especialmente por parte del Ayuntamiento zaragozano.

Tendrían que pasar casi dos décadas para que la idea de erigir un monumento a Fernando el Católico finalmente se materializara en la escultura de Juan de Ávalos.

#### EL V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE LOS REYES CATÓLICOS EN 1951-1952 O LA OCASIÓN PROPICIA

Evidentemente, para los gestores de la *mitología fernandina*, la fecha de 1952 constituyó el momento clave en el que desarrollar todos los argumentos y proyectos tejidos en torno al monarca. 1952 fue un año *fernandino* por excelencia. A nivel nacional se celebraron los fastos por el V Centenario del Nacimiento de los Reyes Católicos, y la Institución «Fernando el Católico» se apresuró a erigirse en gestora de las conmemoraciones en la provincia.

<sup>23</sup> *Memoria de la Institución «Fernando el Católico». Curso 1944-45, IFC, Zaragoza, 1945, p. 30.*

<sup>24</sup> Como la de confirmar con el Ayuntamiento la localización del monumento, inicialmente en la Plaza San Francisco, o la ampliación de la avenida de Fernando el Católico hasta el puente del Trece de Septiembre, o finalmente la obtención de la documentación necesaria para la redacción del concurso de anteproyectos. Todo ello, efectuado entre abril y diciembre de 1947. La documentación puede consultarse en DIFC, caja 154, carpeta 36, exp. 11. Correspondencia.

El 10 de marzo de 1952, Día de Fernando el Católico, la primera página del diario falangista *Amanecer* abría con un retrato a toda página de Fernando el Católico. En páginas posteriores, sendos artículos de Ángel Canellas y Antonio Serrano,<sup>25</sup> profusamente acompañados de vistoso material gráfico, incidían en el mito fascista de Fernando el Católico, en la mitificación del «héroe» que debía estar «en la mente de todos los españoles como guía de nuestra unidad»,<sup>26</sup> y bajo cuyo cetro se había cumplido «una inédita unidad de destino misional». <sup>27</sup> Ese año, la fecha del 10 de marzo alcanzó especial notoriedad. Fernando Solano, como presidente de la Institución «Fernando el Católico», había rogado al rector de la Universidad que hiciera posible que en todas las escuelas e institutos del distrito universitario se explicara una lección dedicada «a exaltar la exposición de la obra, figura y simbolismo de D. Fernando el Católico, como el gran creador de la unidad española, y forjador de la España moderna»<sup>28</sup> e igualmente, como presidente de la Diputación Provincial, se había dirigido a principios de 1952 a diversas diputaciones provinciales para solicitar que se solemnizara de manera adecuada la fecha del 10 de marzo.<sup>29</sup> En la capital, el programa de actos se inició con una misa solemne en la catedral de La Seo a la que asistieron todas las autoridades de la provincia vestidas de rigurosa etiqueta. Ya por la tarde, una sesión académica en los salones del Centro Mercantil ofreció la nota erudita: allí disertaron el fotógrafo falangista Guillermo Fatás Ojuel, el periodista Emilio Alfaro, Ángel Canellas y el rector de la Universidad de Zaragoza, Miguel Sancho Izquierdo.<sup>30</sup>

<sup>25</sup> Antonio Serrano Montalvo (1921-1999). Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza y amigo personal de Fernando Solano, regentó desde 1943 hasta su jubilación en 1984 la secretaría de la Institución «Fernando el Católico» dirigida por el primero, compaginando la docencia en la Facultad de Filosofía y Letras como profesor adjunto interino de la asignatura «Historia de las Edades Moderna y Contemporánea Universal y de España». Vinculado a la elite cultural falangista de la ciudad participó en la fundación de la Delegación de Distrito de Educación Nacional, de la que fue secretario y director editorial, impulsando a su vez diversas revistas como *Proa* (órgano del SEU). De exigua producción historiográfica resultó escasa, su objeto preferencial fue el estudio de la Guerra de la Independencia. Una semblanza completa de ambos Alares López, G., *op. cit.*, pp. 368-371.

<sup>26</sup> *Amanecer*, 10 de marzo de 1952, p. 1.

<sup>27</sup> *Amanecer*, 10 de marzo de 1952, p. 3.

<sup>28</sup> La medida fue acordada en el Consejo de la IFC celebrado el 19 de febrero de 1952. Entrecomillado extraído de, carta de Fernando Solano a Miguel Sancho Izquierdo, fechada en Zaragoza el 13 de febrero de 1952. En DIFC, caja 148, carpeta. 3, exp. 5.

<sup>29</sup> Las diferentes respuestas a la solicitud en DIFC, caja 148, carpeta 3, exp. 5.

<sup>30</sup> Miguel Sancho Izquierdo (1890-1988), licenciado en Derecho (1913) y Filosofía y Letras (1914) por la Universidad de Zaragoza. En 1920 obtuvo, mediante oposición, la cátedra de Elementos de Derecho Natural, a cuyo frente se mantuvo hasta su jubilación en 1960. Estrechamente vinculado al catolicismo social, fue nombrado en 1930 director de la recién creada Escuela Social en Zaragoza. En 1939 fue nombrado Decano de la Facultad de Derecho y en 1941 Rector de la Universidad, manteniéndose en el cargo hasta su cese en 1954. Consejero fundador de la Institución «Fernando el Católico» (1943), y miembro de numerosas sociedades culturales de carácter elitista como la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, del Ateneo de Zaragoza, o la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Una semblanza completa en Alares López, G., *op. cit.*, pp. 361-367.

Mientras el primero ponderó las virtudes «renacentistas» del rey, el rector, apoyándose en el Derecho Natural, elogió las virtudes cristianas del monarca frente a los que le acusaban de maquiavelismo (años atrás y apoyándose igualmente en el Derecho Natural y la consecución del «bien común» había justificado la sublevación militar). Por su parte, el acérrimo fernandino Emilio Alfaro rescató las semblanzas de varios colaboradores aragoneses del rey, y el catedrático Ángel Canellas recurría a la historiografía conservadora para valorar el autoritarismo real (renacentista y moderno), frente a las herencias medievalizantes presentes en el Consistorio zaragozano, cuya autonomía el rey suprimió, «abriendo con otras medidas eficaces una nueva etapa municipal adecuada a la época del Renacimiento».<sup>31</sup>

Pero la sesión fernandina no fue un acto reducido a la minoría ilustrada de la Zaragoza franquista. La sesión académica fue retransmitida por Radio Zaragoza en un intento de socializar de manera efectista la interpretación mítica del monarca. Esa misma noche, cuando los oyentes de Radio Zaragoza sintonizaron en la intimidad de su hogar su aparato de radio, pudieron escuchar la sentenciosa voz de Ricardo del Arco disertando sobre «Tres estampas del Rey Católico». La selección musical que acompañó al texto, con la *Obertura Egmont*, la *Sinfonía Heroica* de Beethoven, y el grandioso colofón de *La entrada de los dioses en La Walballa* de Wagner, no hacía sino remitirse a ese héroe pleno de virilidad y violencia creadora que la elite falangista local aspiró a encontrar en Fernando el Católico.<sup>32</sup>

Sin embargo, ese había sido sólo el comienzo de un año trufado de referencias fernandinas. La Institución contempló la edición de *El Político* de Baltasar Gracián (1953), la impresión de 5.000 postales conmemorativas con la efigie del monarca, y la solicitud de que en los títulos académicos figurara la efigie del monarca junto a la de la reina Isabel.<sup>33</sup> De la misma manera, a finales de 1951 había salido el primer número de la revista de historia *Jerónimo Zurita*, que bajo la dirección de Ángel Canellas, quedó dedicado a la exaltación de la figura de Fernando el Católico.

Pero el gran acontecimiento académico que marcó el año de 1952 fue la celebración en octubre del V Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Había sido en mayo de 1946 cuando, a propuesta del Colegio de Aragón –un organismo que agrupaba a los aragoneses residentes fuera de la región– los

<sup>31</sup> *Amanecer*, 11 de marzo de 1952, p. 7.

<sup>32</sup> La información en *Hoja del Lunes*, 10 de marzo de 1952, p. 8 y *Amanecer*, 11 de marzo de 1952, p. 7.

<sup>33</sup> Carta de Fernando Solano a Segismundo Royo-Villanova, presidente de la Comisión Nacional del Centenarios de los Reyes Católicos, fechada en Zaragoza el 16 de enero de 1952, en DIFC, caja 154 carpeta, 34, exp. 77.

colegiales, encabezados por Severino Aznar y sumidos en la efusividad del reencuentro con la a veces esquiva «patria chica», propusieron a la Institución «proyectar la conmemoración del nacimiento de Fernando el Católico con un Congreso Mundial de la Historia del Imperio Español (...)».<sup>34</sup>

De esta manera, la organización en 1952 del V Congreso de Historia de la Corona de Aragón, no significó tanto la recuperación de la antigua tradición congresual iniciada en 1908, como la organización de un acto propagandístico en el que encontrar el consenso de la comunidad historiográfica en torno a la figura mítica de Fernando el Católico. Científicamente, el V Congreso evidenció la esclerotización de los estudios en torno a Fernando el Católico, y la complacencia en el cultivo de una «historia heroica» e ideologista centrada en el panegírico del individuo-héroe. Ni la notable presencia de especialistas extranjeros (como Charles Verlinden y Federigo Melis),<sup>35</sup> ni las vehementes orientaciones metodológicas de Vicens Vives, ni los animados debates historiográficos que se sucedieron (en los que la participación de los historiadores aragoneses fue marginal), estimularon la introducción de los nuevos enfoques temáticos y metodológicos circulantes por Europa. Pese a la oportunidad de renovación historiográfica, y las posibilidades de establecer fructíferas relaciones con los núcleos de hispanistas, gran parte de los miembros de la Institución y de la comunidad académica de la Universidad de Zaragoza se mostraron impenetrables ante las novedades.

Inmerso en los fastos conmemorativos del V Centenario del Nacimiento de los Reyes Católicos, y firmemente apoyado (y financiado) por el Ministerio de Educación Nacional y las autoridades franquistas locales, la exitosa organización del V Congreso de la Corona de Aragón constituyó más un éxito político que académico.

## CONCLUSIONES

Sin embargo, tras los fastos de 1952, los organizadores no pudieron ocultar un cierto sentimiento de fracaso, incluso de «gran decepción» en palabras de Fernando Solano.<sup>36</sup> Pese a la notable inversión de medios, concurrían diversas circunstancias que dificultaban la socialización del mito de Fernando el Católico.

<sup>34</sup> DIFC, caja 56, Consejo 1, Sesiones 1943-1949. Consejo extraordinario de la IFC, 14 de mayo de 1946.

<sup>35</sup> Una reseña de su participación por parte de Yves Renouard en, *Bulletin Hispanique*, tome LIV, nº 3-4, 1952, p. 458-459.

<sup>36</sup> En la sesión académica celebrada el 10 de marzo de 1952, Fernando Solano hizo pública «con gran decepción, el hecho de que tan importante fecha como la de ayer no había tenido conmemoración en el resto de España (...)». En *Amanecer*, 11 de marzo de 1952, p. 7.

La celebración del V Centenario del nacimiento de Fernando el Católico se había reducido al ámbito regional, discurriendo prácticamente desapercibida en el resto del Estado. Igualmente había sido denegada la propuesta, cursada por Ángel Canellas desde el Consistorio zaragozano, de declarar oficialmente el 10 de marzo como día festivo, y tampoco se había consumado la construcción del proyectado monumento a Fernando el Católico, ni las rehabilitaciones del Palacio de Sada y de La Aljafería. Pese a los esfuerzos invertidos por los gestores culturales franquistas (fundamentalmente la Institución «Fernando el Católico») y las autoridades políticas locales, lo cierto es que ninguno de los dos lugares simbólicos que con tanto interés promocionaron –Sos del Rey Católico y la Aljafería–, resultaron exitosos. No por ello las autoridades dejaron de invertir medios en su rehabilitación como lugares de memoria. Así, apresuradamente adecentado, el palacio de La Aljafería acogió en 1954 la Fiesta de la Hispanidad, bajo la presidencia del Jefe de Estado y con la concurrencia de las autoridades locales, el Ministro de Asuntos Exteriores, y diversos embajadores de los países del *Mundo Hispánico*. Tres años después, en julio de 1957, y parcialmente concluida su reconstrucción, la villa de Sos se convirtió nuevamente en un inmenso escenario viviente en donde evocar las glorias de Fernando el Católico. La inauguración del palacio permitió una numerosa asistencia de autoridades, entre las cuales, la presencia del ministro de Educación Nacional, Jesús Rubio, y del director del Instituto de Cultura Hispánica, Blas Piñar, no hizo sino remarcar el carácter excepcional de la cita. No faltó la representación de la Diputación Provincial y de la Institución «Fernando el Católico» que, en un arrebato historicista, se hizo acompañar por los ujieres, maceros y pajes, todos vestidos a la *moda fernandina*. En esta ocasión el escenario había sido preparado cuidadosamente con las calles engalanadas, pendones en los balcones, banderas y estandartes, generando un ambiente medievalizante especialmente propicio para el desarrollo de la *fiesta fernandina*.

Sin embargo, las celebraciones y rituales fernandinos únicamente tuvieron como actores a sus promotores directos. El resto –entre sorprendidos y ajenos– se integraron en las celebraciones como meros espectadores, y el inicio de lo que pudo ser un culto nacional en torno al monarca y los valores *hispánicos*, no pervivió más allá del impulso político desde el que había sido gestado.<sup>37</sup>

La imagen mítica de Fernando el Católico, si bien representaba a la perfección los valores del fascismo español y albergaba suficientes elementos para hacer factible la autorrepresentación de la Nueva España –y en concreto del

<sup>37</sup> George Mosse aludía al éxito y acogida de las diversas celebraciones del nacional-socialismo que, «mediante la creación de una atmósfera cúllica compartida» y a través «de la participación activa», pretendían responder al dionisiaco lema de «Ningún espectador, sólo actores». Evidentemente esa comunión trascendental entre espectadores y organizadores no se produjo –porque tampoco se pretendió– en ninguno de los ceremoniales *fernandinos*. Mosse, G., *La nacionalización de las masas*, Ed. Marcial Pons, Madrid, 2005 (ed. original, 1975), p. 261.

Aragón franquista–, tenía también sus limitaciones. En definitiva, la figura hierática y lejana de Fernando el Católico a duras penas podía provocar la comunión extática de las masas tan anhelada por el fascismo español. Era un mito individual ajeno a la memoria colectiva del común de los aragoneses y que, sin la mediación de un esfuerzo intelectual (que limitaba cualquier tipo de pulsión emocional), difícilmente podía convertirse en un mito colectivo movilizador.

Si la ritualización de la memoria de Fernando el Católico encontró problemas insalvables (inherentes a la naturaleza del personaje y a la propia gestión de las conmemoraciones), las ceremonias de exaltación de la Virgen del Pilar resultaron, por el contrario, espectacularmente exitosas. Paulatinamente soterrada en la intimidad afectiva y cómodamente instalada en el «fondo abisal y apacible que se halla en los últimos estratos de la conciencia» -y nos apropiamos aquí de las palabras de Carlos Lacalle–,<sup>38</sup> el culto a la Virgen del Pilar, magníficamente representado desde 1958 por la multitudinaria Ofrenda de Flores, contribuyó a consolidar a la Virgen del Pilar como ingrediente indiscutible del imaginario identitario aragonés.<sup>39</sup>

El mito falangista de un rey Fernando viril, político visionario, y caudillo popular representante de la aportación aragonesa a la forja de España fue cayendo en el olvido incluso para sus más fervientes defensores, que encontraron en otros sucesos históricos –como la Guerra de la Independencia y los Sitios– materiales propicios para su mitificación.

Por todo ello, la inauguración en 1969 de la monumental –y ya anacrónica– escultura de Juan de Ávalos, no vino sino a materializar un fracaso: la incapacidad de convertir a Fernando el Católico en un referente simbólico para el Aragón franquista.

---

<sup>38</sup> ICHA, *Aragón, Fernando el Católico y Gracián. Conferencia dada por Don Carlos Lacalle, el 5 de Mayo de 1951*, Talleres Editoriales de «El Noticiero», Zaragoza, 1951, p. 9. Carlos Lacalle, colaborador del Instituto de Cultura Hispánica, había fundado el Instituto Uruguayo de Cultura Hispánica, y participó en la sesión fundacional del Instituto Cultural Hispánico de Aragón. En 1951, Lacalle era Agregado del Consulado General del Uruguay en España y Secretario de la Oficina de Educación Iberoamericana. Sobre el Instituto Cultural Hispánico de Aragón, Alares López, G., «*Fernandinos y pilaristas*. El Instituto Cultural Hispánico de Aragón (1950-1963)», en Rujula, P., Peiró, I., *La Historia en el presente, V Congreso de Historia Local de Aragón (Molinos, 2005)*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 2007, p. 311-337.

<sup>39</sup> Al respecto, Peiró, I., Rujula, P., «Representaciones calculadas: la imagen de Aragón en el siglo XX», en Forcadell Álvarez, C. (dir.), *Trabajo, sociedad, cultura. Una mirada al siglo XX en Aragón*, Publicaciones Unión, Zaragoza, 2000, pp. 227-301.